

escrituras virales

#2

 Convergencia
Académica

AGO

21 / 2020



D. G. G. G.

Breve reflexión acerca de la violencia contra el cuerpo de una mujer en aislamiento social

Marisa Morao

A partir del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) que obliga al encierro de los cuerpos, hubo en Argentina un aumento de los femicidios. Según el Observatorio de Femicidios en Argentina, Adriana Marisel Zambrano - La casa del encuentro, en fines de mayo se registraron 57 femicidios en el país.

El 52% de los asesinatos fueron ejecutados por las parejas, el 16% por exparejas y el 12% por un familiar, de los cuales el 84% sucedió dentro de una vivienda. En este contexto, la ministra de Mujeres, Género y Diversidad, Dra. Elizabeth Gómez Alcorta, declaró que los llamados a la línea 144 incrementaron en un 40% a partir del comienzo del ASPO.

En Italia, un hombre mató a su novia médica por creer que lo contagió de coronavirus. Luego de cometer el femicidio declaró ante la Policía: “Me había pasado el coronavirus y la maté”.

La violencia contra el cuerpo de la mujer pone de relieve que las normas y las legislaciones son necesarias, pero no suficientes a la hora de proteger al ser hablante femenino del acto brutal de un hombre.

El acto de arruinar el cuerpo de una mujer “resuena particularmente con el dicho de Lacan según el cual los hombres no saben qué hacer con el cuerpo de las mujeres”. Una de estas respuestas a este impasse es la posición del hombre cínico actual (que conviene diferenciar del cinismo antiguo).

En la perspectiva del hombre cínico actual, se trata de un individuo amo del goce. Es una posición en la cual el hombre es amo de sus palabras, amo de sus pensamientos, amo de su goce, no lo padece, es su dueño. Nada lo avergüenza, él se siente plenamente libre de los semblantes del Otro.

Es sorprendente que a pesar de las consecuencias que introducen las leyes (como la restricción perimetral) el acto criminal igualmente se produce. El femicidio, esta nueva epidemia de violencia contra la mujer, muestra sin velo el rechazo a la alteridad del goce, que el goce femenino hace presente entre los sexos.

El aniquilamiento es un rechazo a un goce que ella encarna y que él no puede domesticar. En algunos casos, el aislamiento social parece redoblar la separación del goce del campo del Otro, que como sabemos “es el fundamento mismo de todo cinismo”.

Pandemia, angustia y cuerpo

Andrea Berger

Una de las aristas a pensar a partir de la pandemia es la presencia de fenómenos de angustia generalizados.

Se evidencia en la clínica, una sensación de extrañeza, enigmática, corporal y mortificante frente a la situación inédita y disruptiva que encuentra por ahora como única solución el confinamientos de los cuerpos.

¿Cómo leer estos fenómenos?

Les propongo abordarlos con dos pistas que nos da Lacan. Una alrededor de los desarrollados del Seminario 10, dedicado al tema de la angustia y otra en algunas referencias de la última enseñanza. A la altura del Seminario Lacan piensa la angustia como el afecto que se suscita en el sujeto en la dialéctica con el Otro. En la última enseñanza el Otro pasa a ser el cuerpo.

La primera pista queda ilustrada en el apólogo de la mantis religiosa. En el instante en que el macho queda reflejado en los ojos de la hembra...antes de ser devorado.

Saben que la mantis es un insecto, que tiene una cabeza proporcionalmente más grande que el cuerpo, ojos de un tamaño significativo y que pasa mucho tiempo en una posición que simula estar rezando, de ahí su nombre. Pero una de sus características más destacadas es que algunas hembras, en el momento del acoplamiento, giran su cabeza 180 grados y se devoran al macho. Podemos pensar la angustia como ese instante en el que el macho se ve reflejado en los enigmáticos ojos de la hembra.

En la pandemia el más íntimo y conocido puede ser el portador posible del extraño mal. Cualquier otro puede ser una mantis a punto de devorar-infectar con su venenoso-virus. El cuerpo del Otro como enigma, sea quien sea, puede contener el germen silencioso de la enfermedad mortal. Cuidarse es alejarse, mantener distancia con el Otro-cuerpo enigmático.

Pero lo acuciante es también cuando la angustia se despierta del cuerpo, silencioso y oscuro de cada uno. Una dimensión de la angustia que nos confronta con el miedo al miedo. Con la *sospecha que nos asalta, del miedo a reducirnos a ser un cuerpo*. Reducción a la ajenidad corporal. Al enigma que habita en el cuerpo llamado propio. A la inhospitalidad que se hace sentir como tal.

Que la presencia del virus -Otro-oscuro-enigmático y voraz pueda anidar en forma silenciosa en cualquier cuerpo, en el mas familiar e íntimo, e incluso en el propio, da lugar a la experiencia de lo extraño, extranjero, ajeno que habita en uno mismo.

La pandemia exalta entonces, un campo de investigación acerca de la angustia, de la cual Lacan nos habla en su última enseñanza, y que empalma especialmente con esta época en que los cuerpos se confrontan con lo *in mundo*, o mejor dicho que el psicoanálisis esta advertido de lo *in mundo* de los cuerpos.

Cuerpo y lazo social en el contexto de la Pandemia

Luján Iuale

Despertar siempre conlleva algún efecto de extrañeza. A diferencia del dormir y del soñar, despertar es agitar las aguas, estar por momentos en medio de la tormenta. Los lugares ya no son nuestros lugares de siempre y la brújula que orientaba no señala una dirección precisa, gira enloquecida sin poder decidir un horizonte. La escansión temporal se ha perdido y el continuo gobierna los días. Despertamos y si bien, seguimos en la misma ciudad, en la misma casa, la vida ya no es la misma. Los cuerpos a resguardo y los encuentros suspendidos. Todo se ha trastocado, desde nuestra cotidianeidad hasta nuestro ejercicio profesional.

De modo que nos encontramos -como en un capítulo de *Black Mirror*- conectados por horas interminables a las pantallas, apéndices de nuestros cuerpos que se han vuelto imprescindibles para sostener alguna forma de encuentro. Pero aun así el lazo no puede prescindir del cuerpo, es preciso que al otro lado de la pantalla o del teléfono haya otro cuerpo, aunque éste quede reducido a no ser más que la voz como soporte.

La pandemia dejó al descubierto lo que ya sabíamos: que el lazo social es fundamental para el *serhablante* y que el sufrimiento arrasa cuando el lazo se perturba. También dejó al descubierto que nuestros cuerpos no son solo biológicos y que al cuerpo erógeno del que nos ocupamos nosotros no le alcanza tampoco la dimensión autista del goce, que somos afectados por otros cuerpos, que los lazos nos libidinizan, que la vida pierde el sabor cuando no hay otros con quienes compartirla. Entonces, el virus puso en jaque los principios del discurso capitalista. El rey está desnudo. Resulta que el individualismo, la importancia del espacio propio, el desdén por lo colectivo y lo comunitario, el empuje al consumo como paradigma del acceso a la felicidad, perdieron su brillo. Con esto no estoy diciendo que el capitalismo caerá como sistema, solo señalo que los discursos atrapan cuerpos y crean condiciones para la subjetivación.

En cuanto a nuestro quehacer, a esta praxis llamada psicoanálisis que intenta abordar lo real a partir de lo simbólico, no sin los cuerpos en juego, nos encontramos con las variaciones respecto a los modos de presentación del padecimiento subjetivo. Al “todos traumatizados” oponemos una lectura de aquello que hace trauma para cada quien, sin desconocer los efectos que la pandemia tiene y tendrá en los confines que habitamos y el cuerpo social que conformamos. Confirmamos nuevamente aquello que Freud nos enseñó hace tanto tiempo: nuestra intervención está sujeta a poder encontrar como lo general se engarza en lo singular de cada caso: que trazas se actualizan o se producen a partir de esta pandemia.

En el *Seminario 16* Lacan aquel afirma que quien consulta llega con un sufrimiento que se presenta como un “hecho” y que ese “hecho” encubre un decir. La regla fundamental promueve que el sujeto se produzca en la medida en que “sólo hay sujeto de un decir.” Ahora bien, ese decir trae aparejado ciertas consecuencias. Fundamentalmente, “el decir introduce lo imposible y no simplemente lo enuncia.” Lo imposible de decir por un sujeto es la verdad. Por eso para Lacan la verdad no se dice pero se sufre: “el sufrimiento quiere ser síntoma, lo que significa verdad” y da lugar a la ocasión para que en el encuentro con un analista pueda abrirse la palestra en la que el *serhablante* pondrá en forma su padecimiento. Que la pandemia como “hecho” devenga decir es parte de nuestro quehacer para que de ello surja alguna traza que escriba el tránsito por la incertidumbre, lo imprevisto y haga soporte a lo que vendrá. Trabajamos con el padecimiento subjetivo y entonces, tal vez la pandemia, ponga blanco sobre negro, respecto del lugar central que nuestra profesión ha de tener en el campo de la Salud Mental. Como decía Freud: no se ha inventado aún ningún químico que tenga mejor efecto que unas pocas palabras bondadosas. Palabras que enlazan cuerpos, afectan de otro modo, libidinizan y enlazan con la vida. Al horizonte de la muerte siempre presente en nuestra humana condición, no la desestimamos. Pero la vida implica tomarse algunos rodeos para que la muerte no nos salga al encuentro antes de tiempo. Adriana Rubistein, en un texto precioso titulado “La subjetivación de la propia muerte”, nos recuerda que “se está vivo hasta el final” y que Freud nos legó con lucidez que soportar la vida no es sin estar advertidos de la muerte. Ninguna teoría ni abordaje nos protegerá de las pérdidas ni de los infortunios de la vida, pero una lectura que no descuenta el cuerpo y el lazo, que se distinga de una posición cínica, que entienda que el amor viene con la pérdida pero que aun así ese lazo libidinal es constitutivo e instituyente, puede hacer la diferencia en la vida de quienes llegan a consulta. Apuesta entonces por el lazo que vivifique los cuerpos para que la subjetividad no quede arrasada. Despertar para no volver a dormirnos de la misma manera.

La pandemia, lo traumático y un decir singular

Yanina Mazzoni

En tiempos de aislamiento social por la pandemia, la actualidad nos impone repensar algunas cuestiones, ya que estamos escuchando, caso por caso, las consecuencias de la irrupción de un real. Retomaré una intervención de Jacques-Alain Miller en la preparación del Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis de 2014, dedicado precisamente a “Un real para el siglo XXI”.

Allí, Miller refiere “Antaño lo real se llamaba la naturaleza. La naturaleza era el nombre de lo real cuando no había desorden en lo real. Cuando la naturaleza era el nombre de lo real, se podía decir, como lo hizo Lacan, que lo real siempre vuelve al mismo lugar. Solamente en esa época en la cual lo real se disfrazaba de naturaleza, lo real parecía la manifestación más evidente y más elevada del concepto mismo de orden. Se puede decir que, en dicha época, lo real en tanto que naturaleza tenía la función del Otro del Otro, es decir que era la garantía misma del orden simbólico”.

En la actualidad la naturaleza no equivale a lo real, esa seguridad que daba aquello que vuelve siempre al mismo lugar, ahora no está. Vale la pena aclarar que no es el Covid-19 el que introduce ese desorden, ni a lo real propio del siglo XXI. Más bien lo inesperado del mismo es lo que lo hace presente de una forma casi omnipresente.

Gran parte de la ciencia sostiene actualmente que lo humano puede ser explicado por un mecanismo físico, genético o neuronal. La ciencia actual reduce al Sujeto y al inconsciente, dejando de lado su dimensión singular. Siempre hay algo de lo incomparable en cada sujeto, esto incomparable es introducido por Lacan como lo real.

Pero ¿qué es lo real para el psicoanálisis?... Sabemos que no es el mismo real que nos presenta la ciencia. Para ella lo real ya está escrito en algún código, para Lacan de los años 70 lo real es lo que no cesa de no poder escribirse, es decir, algo que no está escrito y no para de no poder escribirse.

Podemos leer en los decires singulares de nuestros pacientes que algo de esta pandemia produce ese real en términos de trauma.

En la angustia que escucho en mi paciente M, que dice no poder más con el encierro, en el miedo a tocar las cosas que podrían tener el virus que refiere J, o en ese enojo del analizante D que casi a los gritos me dice “Estoy harto de que mi vida sea un como sí. ¿Hasta cuándo?”.

Para concluir, me pregunto si es la forma tan abrupta en la que este virus hace presente ese no saber qué va a pasar, la razón por la cual ese real -que no deja de no ocurrir sin escribirse-, produce efectos traumáticos...

Saber hacer con un diagnóstico

Romina Galiussi

Cada día, lo inevitable: el aumento de casos. De allí este intento de bordear algo del orden de lo intransmisible y que, no obstante, intenta decir.

En primer lugar, la certeza diagnóstica: “ser COVID positivo” y los atronadores ecos existenciales shakespearianos en la pregunta de Hamlet respecto del ser o la inermidad del mismo, no sin angustia.

Inmediatamente el aislamiento y encierro, en un efímero trayecto solitario “de la cama al baño”, en la triste lejanía de todo lo propio o amado y la espera desesperada de otros, con el agravante de no poder siquiera ver o ingresar a una sala. Soledad, o peor aún, en compañía de la inercia o automatismo mental que no cesa de no escribir el devenir respecto de ese acontecimiento. Días inciertos que pueden ser, además de funestos y cuando no trágicos, eternos.

En otro artículo me ocupé de la importancia de poder despedirlos, a fin de no repetir la tragedia de Antígona y la imposibilidad de inscribir esa falta para iniciar el trabajo del duelo ante una muerte inevitable, por los antecedentes o la contingencia, o totalmente evitable con un correcto diagnóstico a tiempo. De allí la necesidad de escribir sobre la importancia de un diagnóstico, un significante que siempre causa horror y suena aún peor, pero hoy más que nunca resulta evidente poder contar con ello para un adecuado pronóstico y tratamiento; su importancia y fundamento en la posibilidad de orientarnos en la lógica de un caso o en la dirección de una cura que pueda ayudar a otros, ni más ni menos.

Por tal motivo, y en ese intento de ayuda, estas palabras para todos aquellos que no solo han sabido sobrepasar el oscuro momento diagnóstico y la aterradora soledad del encierro, sino también, en la paranoia generalizada de este tiempo, han podido saber hacer con el temor al estigma o la discriminación siendo donantes, en una capacidad de elaboración que muestra la posibilidad de inyectar vida en estos momentos tan mortíferos como inéditos.

Acceso a la interrupción legal del embarazo en tiempos de COVID-19

Gabriela Perrotta

Los derechos sexuales y los derechos reproductivos deben ser garantizados para todas las personas en Argentina porque contamos con un amplio marco legal que así lo establece.

Pero ¿qué sucede durante la epidemia y durante el aislamiento social preventivo y obligatorio?

El acceso a la información, a la anticoncepción y a una interrupción legal del embarazo (ILE) son situaciones de atención prioritaria. Así lo ha establecido el Ministerio de Salud de la Nación. Eso significa que una persona que necesite salir de su casa para ir hasta un centro de salud u hospital para buscar un método anticonceptivo o solicitar una ILE está autorizada para hacerlo.

¿Cuándo se trata de una ILE? ¿En qué casos el aborto es legal en Argentina?

En Argentina, la interrupción legal del embarazo se define por causales. Las causales de ILE están definidas en el Código Penal Argentino de 1921 y se ven refrendadas y/o aclaradas por el Fallo F.,A.L. de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, de marzo de 2012.

Una interrupción de embarazo es legal si hay riesgo para la vida o la salud de la mujer o persona gestante (podría ser también un varón trans). Entendemos a la salud desde una perspectiva integral (en las políticas de salud de nuestro país y en consonancia con los instrumentos internacionales de derechos humanos y el marco legal argentino que los incorpora), tal como la define la Organización Mundial de la Salud, como estado de bienestar físico, mental y social.

El riesgo para la salud puede estar determinado por una enfermedad física, pero también por un riesgo psíquico (lo que no implica una patología mental previa, sino el riesgo psíquico derivado de continuar con ese embarazo) o un riesgo social asociado. El riesgo para la vida implica que esa persona embarazada podría morir si continuara con el embarazo.

La otra causal que define el Código Penal es la violación: una persona embarazada por violación puede solicitar una ILE. El Fallo de la Corte Suprema aclara que no es necesaria una denuncia policial para solicitarlo y que es suficiente una declaración jurada de la persona gestante, que diga que está embarazada por una violación (tampoco necesita aclarar los detalles ni quién la violó). Toda relación sexual forzada es una violación; por lo tanto, también se considera violación cuando el abusador es el marido, pareja o novio.

En todos los casos mencionados, la interrupción del embarazo es legal, es un derecho y el equipo de salud tiene la responsabilidad de brindar el acceso a una práctica segura, sin dilaciones ni obstáculos.

Este derecho nunca puede ser una obligación (según el artículo 86, la práctica requiere del consentimiento de la persona embarazada). La decisión de continuar con el embarazo o no, cuando se aplican las causales, es siempre de la persona embarazada, aun cuando se trate de una niña.

Que todavía no esté aprobada la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo no modifica ni invalida las causales establecidas por el Código Penal en 1921, que siguen vigentes, incluso en tiempos de pandemia y aislamiento, y por ello debe ser garantizado el acceso a la atención en salud en esos casos.

Nuestro rol como profesionales de salud mental, como integrantes de equipos interdisciplinarios o en cualquier ámbito en el que desarrollemos nuestra práctica profesional, es fundamental para contribuir a garantizar ese derecho.

De pandemia y muerte

Gisela Contino

Un virus denominado SARS-Cov-2 nos envuelve en un torbellino mundial, su propagación es veloz y los efectos pandémicos se hacen presentes en cada sociedad, con implicancias en los sistemas que nos organizan como ciudadanos, inclusive en los hábitos más nimios e indiferentes. Estamos recibiendo estos días las consecuencias de un acontecimiento que se inscribe y se inscribirá como paradigma de lo real.

Freud en su texto *De la Guerra y la Muerte* pormenoriza la desilusión provocada por la guerra y con ella el cambio inminente de actitud frente a la cultura y la muerte: *“Queriendo significar la objetiva necesidad biológica y psicológica del sufrimiento en la economía de la vida humana. Creemos poder decir que nunca antes un acontecimiento había destruido tanto costoso patrimonio de la humanidad, había arrojado en la confusión a tantas de las más claras inteligencias, ni echado tan por tierra los valores superiores. Hasta la ciencia ha perdido la imparcialidad exenta de las pasiones”* (Freud, 1915). Nos advierte que en esos tiempos los individuos darían la bienvenida a “cualquier consejo” que facilitará el reencuentro al menos con su propio interior.

Lo real de la muerte es siempre igual, impensable, vacía de significación, actualmente se nos informa en cifras los fallecidos, “los hombres mueren realmente y no individuo por individuo sino multitudes de ellos”. El coronavirus como en su momento la guerra ha de barrer el tratamiento convencional de la muerte, no es posible su renegación, inclusive es necesario creer en ella. Debemos dar batalla, los muertos nunca son iguales, cada uno tiene una historia, hablamos por ellos y buscamos de ese modo hacerle un lugar entre los vivos.

Pareciera que este virus, silencioso y expansivo, nos fuerza a ser otra vez héroes que no pueden creer en la muerte propia, nos señala a los extraños como enemigos, nos aconseja pasar por alto la muerte de las personas amadas (Freud, 1915). La guerra no pudo evitarse tampoco la pandemia ¿No hemos de ser nosotros los que cedamos y nos adecuemos a ella? Una posible respuesta la encontramos en el siguiente apotegma reformulado por Freud: *“Si quieres conservar la paz, ármate para la guerra”* léase *“Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte”*.

Las interferencias del amor

Estela Eisenberg

La situación actual que atraviesa el conjunto de la población mundial nos ha llevado a los analistas a intervenir en múltiples escenarios.

Algunos de ellos con inclementes aristas frente a una nueva enfermedad, acompañada por la incertidumbre y que trajo aparejado nuevas vías de abordajes que se han sumado al dispositivo analítico.

Junto a estas novedades sin embargo seguiremos encontrando algunos efectos que, si bien no escapan a los tiempos presentes, se renuevan, como recuerda Freud, según la expresión del Evangelio, como un odre viejo que es llenado con vino nuevo.

Me refiero a los “problemas del amor”, por llamarlos de algún modo.

¿Hay en psicoanálisis una teoría acerca del amor? ¿O hay figuras del amor que no podemos decir que alguna de ellas haga una teoría?

Sin hacer una exégesis del tema podemos mencionar, el amor narcisista, el de apuntalamiento, el amor de Aristófanes de “hacer Uno”, el agalmático que desliza a la cuestión del deseo, el amor cortés, el amor eterno, el amor al prójimo, etc. el amor repetición de un amor de infancia.

Pero no hay uno que conforme una teoría, como sí podemos decir, respecto del deseo, del duelo, del goce o de la angustia.

De modo que el recorte que se pueda realizar del amor no puede ser más que sesgado, empezamos hablando del amor y no sabemos adónde llegamos...de las cosquillas a la parrilla.

El recorte que me interesa es que Freud, cuando sitúa el tan mentado “Otro pre-histórico” que nunca podrá ser igualado y que se apunta a su reencuentro, situando una dimensión del amor en tanto repetición, también a renglón seguido, indica que el desvalimiento que vuelve a ese Otro necesario, es fuente de los motivos morales. De modo que paradójicamente la fuente del amor y la moral parecen anudarse.

El tema de la moral es una biblioteca inmensa, de modo que nuevamente el comentario será limitado a este punto en particular.

El amor en algunas oportunidades, revela su rostro de repetición y pone en juego los diques que se refuerzan o aflojan, según los modos en los que se manifiesten las interferencias del amor.

Dado que hoy no es fácil producir los intervalos de presencia-ausencia en las parejas convivientes, que suele relanzar el encuentro amoroso, en algunos casos el “demasiado cerca” del partenaire, se enfrenta con las barreras y los diques que en su fundamento se anudan al Otro del amor.

De ahí que salga a la luz lo que el amor vela. Cuando acudimos al re-citado aforismo, que afirma Lacan, que sólo el amor permite al goce condescender al deseo, podemos leer ahí los lazos opacos del amor a la pulsión, que no siempre condescienden hacia el deseo. Es así que las dificultades para el sostenimiento del lazo al partenaire hacen su entrada.

El cuerpo pierde algo de la erótica, lo que permanecía revestido asoma con su valor de órgano, poco sensual. Las rencillas se abaten sobre el otro sin compasión. La vergüenza se pierde o se refuerza, cobrando la presencia del otro una relevancia no deseada.

El tener presente la “relación” del amor a la pulsión, nos permite también tener presente al intervenir, que las interferencias del amor son producto de la misma trama.

Dispositivo analítico

Mirta La Tessa

Estamos atravesados por dos coordenadas muy fuertes. La pandemia con su impronta de muerte y el confinamiento con su impronta de desolación, de ruptura de lazos, de aislamiento, de pérdida de contacto.

Pero la vida se va haciendo lugar en pequeños brotes, como esas hojas verdes que crecen en las juntas de las baldosas raídas del piso.

Al principio nos escondimos en nuestras casas....nuestros pacientes.... y nosotros....unos días....y volvimos a encontrarnos porque lo que nos une es la palabra.

Desde hace muchos años cuando los viajes o cualquier otro distanciamiento nos alejaba del encuentro en el consultorio había pensado que el teléfono era una buena vía, dado que la voz podía subrayar las palabras. Eran tiempos de teléfonos de línea, luego vinieron los celulares.

No me gustan las caras deformadas por skype o videollamadas.

Sin embargo, en estos meses nos fuimos dando cuenta que así como la imagen muchas veces distrae -una de las razones del uso de diván- se puede en ocasiones volver imprescindible para darle carnadura a una transferencia que nos obliga a adivinar cada vez lo necesario para que ese encuentro virtual, esa palabra proferida y escuchada pueda ser palabra, esa que alguna vez Lacan llamó verdadera o que más tarde equiparó al acto.

Y así volvemos a descubrir que el dispositivo analítico se reinventa cada vez en ese territorio transferencial que no tiene otra regla que la de alojar uno por uno a cada analizante en su singularidad que es hermana de lo diverso, de lo único e irrepetible cada vez.

Corona crónicas no anunciadas

Norma Bruner

Estar en tránsito sin futuro cierto ni destino asegurado. Sentirse diminuto y disminuido frente a los designios de la naturaleza y los poderes caprichosos de un enemigo que además de microscópico es inerte e invisible. La humanidad está nuevamente herida en su narcisismo e ilusión de omnipotencia.

Registrar y vivenciar el desvalimiento -condición de lo humano si la hay- nos lleva a un esfuerzo suplementario en la complejidad de la experiencia e investigaciones realizadas y por hacer.

Quisiera introducir una reflexión y precisar algunas diferencias que nos ayuden en este tremendo trabajo psíquico (que lo es también físico) al cual estamos compelidos desde que se decretara la pandemia por covid 19 en marzo del 2020.

Mucho hemos dicho, escuchado, visto, sentido en estos meses en y por diferentes medios desde que de una manera impensada, no calculada, imprevista, inesperada el intruso invisible se nos metió por la ventana.

En este sentido da lo mismo si estamos escribiendo sobre si la pandemia fue anunciada o no para acentuar aquí la manera en que estamos vivenciándola.

Al comienzo un peligro común nos unió por igual pero muy pronto la desigualdad social y las diferentes posiciones respecto a ella comenzaron a horadar la piedra reabriendo fisuras simbólicas e imaginarias en lo real y ahí la angustia generalizada se comenzó a expresar produciendo sus efectos paradójales.

Es que la angustia justamente es así, se abre paso como respuesta defensiva humana por excelencia ante la expectativa del peligro por venir. La angustia es sentida. Resuena y hace eco en el cuerpo. Y si no se la escucha y transforma en un cierto decir frente a lo imposible de ser dicho deviene sintomatología.

Los psicoanalistas nos ocupamos de la angustia y sus manifestaciones. Sabemos escucharlas y reconocerlas entre otras formaciones psíquicas (que por ende pueden afectar al cuerpo). Por ejemplo, no confundimos el estado angustioso con el doliente del duelo.

La angustia siempre es *ante algo*. El vínculo entre la angustia y la expectativa es estrecho. *Este algo* es indeterminado pero siempre es una *expectativa de peligro* transformándose comúnmente en miedo cuando se le encuentra algún nombre.

Los seres humanos construimos suplencias para lograr un cierto poder frente al desvalimiento y desamparo que nos vuelve vulnerables. La angustia deviene traumática cuando la apreciación de nuestras fuerzas en comparación con su magnitud, nos arroja como resultado en la ecuación a nuestro desvalimiento y desamparo frente a aquél.

Se puede tratar del desvalimiento material si el peligro es realista, y psíquico en caso del peligro pulsional. Difícil trazar los límites entre ellas. Comúnmente van juntas.

Lo traumático será la situación de desvalimiento vivenciada por eso hay que diferenciar la situación de peligro del desvalimiento traumático o traumatizante.

La situación de peligro contiene la condición de esa expectativa de que se dé la situación del desvalimiento o bien es una situación presente que me hace recordar a una de las vivencias traumáticas ya experimentada y en ella se da la señal defensiva de la angustia.

Entonces, la angustia es expectativa de una situación de desvalimiento traumática por venir anticipación de lo traumático y a la vez una repetición amenguada de él.

En esto nuestro juicio es guiado por expectativas previamente hechas, si su estimación fue errónea o acertada no cambia el resultado.

Y lejos de aquellos que prejuiciosamente argumentan que no puede haber políticas públicas de salud de prevención basadas en el psicoanálisis les leo a Sigmund Freud en 1925.

“(…) Ahora bien, constituye un importante progreso en nuestra auto preservación no aguardar a que sobrevenga una de esas situaciones traumáticas de desvalimiento, sino preverla, estar esperándola (...)”

Hay momentos donde el desvalimiento psíquico -y físico - puede tener efectos traumatizantes de ruptura del entramado psíquico y el tejido social. La ciencia no lo desconoce aunque algunos sectores intenten desmentirlo.

Los psicoanalistas seguimos estudiando, investigando y construyendo una enorme experiencia y complejidad de saberes trabajando en interdisciplina desde esos escritos hasta hoy.

escrituras virales

#2

Marisa Morao

Andrea Berger

Luján Iuale

Yanina Mazzoni

Romina Galiussi

Gabriela Perrotta

Gisela Contino

Estela Eisenberg

Mirta La Tessa

Norma Bruner